

EL FASCISMO DE LOS BRUJOS

RAMIRO CRISTOBAL

DE la noche de los tiempos surge el espectro; de las tinieblas, del mundo primigenio, de las profundidades húmedas emerge el semblante amarillento del fascismo bruñido. En fin, sin tanta literatura, el escritor Louis Pauwels, de profesión sus brujos y sus ocultismos, retorna a la vida pública, esta vez para presentar un partido político que él ha bautizado como "nueva derecha". Sin darnos cuenta han pasado ya casi veinte años desde que el mencionado, junto a su compañero de fatigas, Jacques Bergier, escribiera "El retorno de los brujos" y aquel casi joven rebelde los primeros años sesenta, se dispone a cumplir, por propio derecho, la conservadora y respetable cifra de sesenta años.

¡Para ese viaje no habíamos necesitado alforjas! Después de tanto presumir de haber superado la cultura occidental, después de tanto acomplejarnos por burgueses y rutinarios, Louis Pauwels se convierte en líder de la derecha y se saca de la manga una serie de teorías históricas y racistas para demostrar la aristocracia de la sangre, de la cultura y hasta de la propiedad. No cabe, a estas alturas, hacerse de nuevas. Aunque "El retorno..." y su secuela posterior, la revista "Planète", pretendían incidir en el mundo de la ciencia y la cultura, fundamentalmente, no podía ignorarse que, en el fondo, apuntaba a una concepción de la vida y de la organización social plenamente reaccionarias. Pero hablemos un poco de Louis Pauwels.

Un padrastro socialista

El mismo Louis Pauwels nos cuenta sus orígenes. Nacido en 1920, fue criado y educado por un obrero sastre que según su propia frase

"pertenecía a la generación de los socialistas románticos que tenían por ídolos a Victor Hugo, Romain Rolland y Jean Jaurés". Este desprecio por el socialismo, confesado muy pronto, es lo que informa toda su obra posterior. A pesar de la admiración que dice sentir por su padrastro, se niega a interesarse por los temas sociales y pasa su juventud engullendo una confusa mezcla de temas ocultistas y de filosofías orientales para uso de "dilettantes". Con algo de cinismo dice: "Durante la guerra me había refugiado en el hinduismo. El era mi maquis".

En 1948 muere su padrastro, desesperado, hasta el final, de que el joven Louis no comparta su fe en el progreso socialista. Curiosamente, éste da la vuelta a la cuestión y comenta que "los problemas de clase crucificaron al hombre que me amaba". Todas sus reflexiones posteriores irán, en este sentido, extendiendo su reaccionarismo visceral hasta el método de conocimiento. "El lado malo del mundo es su racionalismo", dice, y sigue acumulando en su cerebro lecturas diversas de Teilhard de Chardin y André Breton, por citar algunos de sus ídolos de posguerra. Entre los personajes más insólitos, que él considera "un maldito" que es necesario recuperar, se encuentra nuestro Donoso Cortés.

Después, hacia los años sesenta, dice comprender a su padrastro en un aspecto particular: la necesidad de mantener una "confianza apasionada" en el porvenir. Así, intenta dar una finalidad filosófica y científica a lo que ha aprendido, intenta crear un sistema de vida y de pensamiento que no se contradiga con lo que cree es la última palabra en conocimientos. Como el fascismo, unos cuantos años antes, desprecia a la derecha tradicional por burguesa y adocenada;

quizá, también, ignorante. A la izquierda, por lo que considera su dogmatismo y su racionalismo. Se ríe de rusos y americanos, porque los unos creen en el capitalismo y los otros en el comunismo. Ambos, viene a decir, defienden sus respectivos sistemas y se vuelven de espaldas a verdades tan decisivas como la telequinesis, la sociedad Rosacruz y "Los nueve desconocidos" de la India.

años en 1960, se convierte, casi sin darse cuenta, en una especie de profeta de los jóvenes de esa década. Su ataque a la cultura oficial, a las instituciones políticas y sociales, y particularmente a lo que llama "los mandarines de la ciencia", obtiene un resultado inmediato: es la reivindicación de las generaciones jóvenes; la muerte del padre y el maestro. No es, pues, extraño, que cuando



1968 —el Mayo francés— fue una revolución hecha por el irracionalismo, filósofos, economistas...).

Naturalmente que su obra, llena de frases y citas, acaba por engañar a los menos avisados. Da la impresión de ser algo profundamente contestatario y su continua llamada a lo nuevo y joven consigue crear un público numéricamente de cierta importancia.

La muerte de la cultura

Es un hecho que ese hombre, que cumple cuarenta

Pauwels cree y dirige "Planète" encuentre rápidamente un eco fervoroso en un buen número de jóvenes de clase media. Es el comienzo del desprestigio de la cultura y de la utilización de la razón. En esos años es cuando muere la Universidad y ya no volverá a recuperar su carácter de institución de intercambios de conocimientos humanistas.

Hay quien ha sostenido que el fenómeno Pauwels y Bergier estuvo fuertemente



Louis Pauwels, de profesión sus brujos, retorna a la vida pública para presentar un partido político bautizado como "nueva derecha". En la foto, el veterano escritor, izquierda, junto a Alain de Benoist, líder del nuevo partido.

nación del proceso. Fue, por decirlo de alguna manera, la revolución hecha por el irracionalismo. Hoy no creo que ofrezca dudas que la revuelta juvenil de 1968 debe ser vista al menos desde tres puntos de vista. El primero, como maniobra de los servicios americanos, para amedrentar y eliminar a la burguesía nacionalista europea, en particular la que representaba el general De Gaulle. En segundo lugar, desde una perspectiva progresista, como una rebelión desesperada de un grupo social, los jóvenes, tradicionalmente marginado y explotado. Y, en último término, y aquí enlazamos con nuestra historia, como un reaccionario asalto a la cultura y a la reflexión racionalista, y, por último, al marxismo que se nutría de estos ingredientes.

Estos tres elementos, como mínimo, jugaron un papel indisolublemente unidos. Y la historia posterior ha demostrado que de aquel magma salieron muchas cosas. Salieron, especialmente, todos los nuevos. Los "nuevos" filósofos, repletos de zen y de Nietzsche a medio digerir, y los "nuevos" economistas. Todos tienen algo en común: la superación del marxismo y la propuesta de haber descubierto una nueva forma de pensamiento, fuera de las proposiciones del racionalismo y la dialéctica.

Al parecer, también Pauwels creó su nueva derecha en 1968 y, según dicen, ha conseguido ir captando militantes y admiradores entre los más influyentes círculos de la burguesía francesa, especialmente en los medios culturales. Lo que ya se perfila como un nuevo retorno de los brujos, está en marcha. Lo trágico es que en esta ocasión, los brujos pueden cambiar los aquelarres por las concentraciones y acabar saludando a la romana. Ahí está lo malo. ■ R. C.

sidades—, tanto de las masas obreras como de las generaciones jóvenes. Para los primeros funcionaría el consumo y para los segundos la propaganda de una pseudo-cultura que se mostraba como nueva, en contraste de la tradicional de los adultos.

¡Oh, la fantasía!

La base de esta nueva cultura descansa en el manejo de la fantasía, la cual, según sus inventores, está fuera de los circuitos normales de la ciencia al uso. De nada valió que los científicos les aseguraran que el racionalismo no está, en absoluto, reñido con la fantasía y que, es más, son los buenos científicos los que mayor uso hacen de esta facultad humana. La diferencia con Pauwels es que, para un racionalista, la fantasía es real como tal, pero no quiere decir que exista en la realidad. Es decir, para un racionalista es posible crear una fantasía, pero siempre la considerará como un fruto de su razón y no como una realidad objetiva.

Los de la "nueva cultura", en cambio, denominaron a su forma de interpretación "realismo fantástico" y fácil es comprender que dicha distinción no estaba clara para ellos. Asimismo defendían la aceptación de cualquier hipótesis por disparatada que fuera en principio. Esto llegó al colmo cuando "Planète" publicó las teorías de Léone

Bourdel, creadora, hacia 1942, de la llamada teoría "sicobiológica". Según ella, la pertenencia a uno de los cuatro grupos sanguíneos —A, B, O y AB— determinaría el destino no sólo de los individuos, sino de las colectividades. Así, el predominio estadístico de uno u otro grupo, en grandes áreas geográficas, explicaría la historia de los pueblos, mucho más que los acontecimientos socioeconómicos de cualquier tipo. Al parecer, a estas alturas, Pauwels intenta resucitar, en parte, esta tonta teoría racista que probablemente hubieran desdeñado, por elemental, los propios nazis.

A mediados de los años sesenta, Pauwels y Bergier, así como todos sus secuaces, fueron vapuleados en periódicos y libros a base de bien. Curiosamente, sin embargo, apenas fueron comprendidas las consecuencias políticas de sus afirmaciones. La Unión Racionalista francesa que escribió una obra colectiva titulada "Le crépuscule des magiciens" —en contra del título original de L. P y J. B., "Le matin des magiciens"— enfocó diversas cuestiones científicas y filosóficas de su obra, pero casi no hicieron referencia a la intencionalidad política que pudiera haber escondida.

Jóvenes airados

En estos dimes y diretes llegó 1968. Allí fue la culmi-



de ella salieron todos los "nuevos" (fi-

empujado y sostenido por la CIA, así como que esta misma institución habría financiado, bajo cuerda, la vida editorial de "Planète". Efectivamente, un examen desapasionado de algunas de las editoriales que contribuyeron a su difusión podría arrojar alguna luz sobre el asunto. Estaríamos, de esta manera, ante un intento más de la reacción para aislar a los intelectuales más lúcidos y críticos —agrupados, fundamentalmente, en las Univer-